

**QUETA INGENIERIA INDEPEN**



AGENCIA TAHUANTINSUYO T. AMARU





{ Cuento }

# LOS CLIMAS EXTRAÑOS

CARLOS YUSHIMITO



*"The more banal the climate", you once remarked,  
"the faster the future becomes the present".*

Joseph Brodsky, *Vertumnus*, IX

**A**l principio no me di cuenta. Eran detalles minúsculos a los que apenas prestaba atención. Tenía esa seguridad metida en mis ojos y, paralela a ella, corría una manía. Yo había desarrollado, secretamente, la vanidad de mirarme al espejo, de modo que, al menos cinco veces al día, debía escaparme a un baño y mirarme en él. Controlar esos pequeños cambios en mi cara era parecido a saber si llovería o no: mirar el cielo y sus nubes grises y hacer conjeturas sobre si debía sacar el paraguas para guarecerme de mi buen humor o mi mal carácter. Por lo general, solo encontraba arrugas que se le orillaban a mis párpados como perros flojos, y párpados que se descolgaban como viejos abrigos que hubieran sido usados durante muchos inviernos. Eran detalles minúsculos sobre mi paso en el tiempo; estadísticas residuales que difícilmente me hacían capaz de predecir ese clima extraño.

Esa mañana yo tomé mi nariz; parecía un poco más abultada que de costumbre, y pesándola con ambas manos, me disgusté imaginando que tal vez a Claudine no le agradaría saber que a mi cuerpo se le había sacudido esa noche una

variación tan extrema. Claudine es una niña tonta que se fija en los detalles del rostro con la misma profundidad con que observa la ropa en los escaparates; poca atención dedica ella, en cambio, a las delicadezas del espíritu. A veces la encontraba mirando algo perdido en el comedor, algo, tal vez una grieta en el muro, cuando de pronto exclamaba: "¿Te fijaste en el cabello que llevaba hoy la señorita F.? Qué horror de señorita F., parecía un estropajo...". Luego uno veía a Claudine conversando tan animadamente con la señorita F. en una de mis galerías de arte, y no había forma de imaginarse los pensamientos tan oscuros que, en esos instantes, estarían coleteando detrás de sus ojos. Esos ojos eran peores que las peceras turbias que no dejaban ver o que ciertas nubes que llovían sin ser negras. En cualquier caso, pensando que se trataba de una simple inflamación, me apresuré a lavarme las preocupaciones con un emplasto de agua tibia, las sacudí con la fricción de mi toalla y luego me fui. Tal vez Claudine no se daría cuenta. Tal vez, me decía, esa nariz tan distinta solo se había posado allí y luego, en unas cuantas horas, se iría. Eso pensaba. Pero la tarde fue larga.



¿Cómo no decirlo? Fue una tarde casi tan larga como un remordimiento.

Con la llegada de la hora del almuerzo, Claudine no dijo nada sobre mi nariz. Debí sentirme satisfecho, debí tal vez guardarme esa discreción en el bolso, recoger esa pequeña deuda; pero mi cabeza empezó a girar, a comportarse como una bebé llorona y terminé por desordenarme; aquello solo podía significar una cosa: Claudine, luego de siete meses de relación, estaba empezando a cambiar. Siempre lo había esperado: yo soy treinta años mayor que ella y estas cosas debe esperarlas un hombre maduro que se atreve a seducir jovencitas. Claudine había entrado a trabajar a mi galería, había expresado su deseo de ser pintora y yo la había empleado con intenciones poco profesionales. Y ahora Claudine estaba creciendo; o bien porque las cosas le importaban cada vez menos y superficialmente se hacía más adulta, o bien porque la costumbre empezaba a hacerme invisible o por lo menos insensible a su crítica, lo que es decir, a su novedad. Mi vigencia sobre ella se aminoraba. ¡Perdía su vigorosa sombra! “Si esto sigue así”, pensé masticando un trozo de coliflor, temblando como ese tenedor en la loza del plato, “pronto dejará de sentir deseo y cuando menos lo piense me dirá que ha conocido a alguien”. Y la perspectiva de ese amor indiferente me entristeció los ojos.

Por la noche algo más había ocurrido. Tenía barba, una barba negra e hirsuta que no me pertenecía. Pero entonces me toqué el mentón y no sentí el cabello que se reflejaba; mis dedos repasaron una superficie imberbe, suave como los muslos de mi bella Claudine, y entonces me di cuenta. No me atreví de inmediato a compartir ese descubrimiento. Esperé. Fui paciente del modo como se espera que lo sea un hombre de cincuenta años; había sido juicioso con esa primera metamorfosis de mi nariz, y esta vez esperaba a que Claudine u otra persona de mi círculo me lo hiciera notar, antes de caer en inclinaciones precipitadas como en las que yo había incurrido en el pasado. Era evidente. Yo debía afrontar lo sobrenatural con serenidad científica. Anticipé que dirían: “Florián, has de saber que aquella barba tan impenetrable que te nace es más propia de un turco que de un caballero”. A lo que yo sonreiría, tocándome la

aparente barba que, sin embargo, no despertaba la sensibilidad de mis dedos, y con esa sonrisa, no del todo limpia, asentiría: “Sabe usted, yo no estaría tan seguro: hoy en día vivimos climas extraños”. Me divertía con mi respuesta cada vez que lo pensaba, pero al mismo tiempo se quedaba en mí, como un remanente, esa felicidad a la que se le estaba filtrando un desasosiego arenoso. Luego me dejaría afeitarse, pensé, me miraría al espejo y permitiría que el filo de la navaja recorriera mi suave piel. Si los ojos ajenos eran capaces de mirarla, concluí, otro tanto sería capaz de afectarla un instrumento externo. ¡Visitaría la barbería, sin demoras! Y con otros razonamientos que se le parecían a este me vestí el pijama y me metí a la cama. Antes me miré al espejo una vez más. Fue en vano. Solo podía ver en mi cara la inminencia de una preocupación, y a mi nariz nueva y a la barba hirsuta las acompañaba una sensación triste y vulnerable, y parecía que yo me hubiera quedado con las cáscaras de algo vacío.

Al día siguiente visité la barbería.

—Señor Florián... ¡qué sorpresa verlo! —dijo el barbero.

Hacía poco menos de dos semanas que yo lo había venido a visitar. Él mismo me había cortado el cabello y me había acicalado las orejas: de ahí su reacción de sorpresa.

—¿Volveremos al corte habitual?

Había llegado con la intención de evitarle indicaciones precisas, seguro de que él mismo acabaría por comprender. Pero como no hacía nada más que sonreírme, complaciente, del otro lado del espejo, mi rictus fue mudando del desconcierto hacia la irritación, y finalmente, no tolerando más esa amabilidad conveniente, empecé a gesticularle.

Le dije:

—No me vendría mal que me rasurases las barbas. Yo las encuentro hoy un poco crecidas...

El barbero buscó mis ojos en el espejo y mirándome serio, tal vez creyendo que le tomaba el pelo, mostró cierto disgusto.

—Señor Florián —me amonestó—. Tiene usted la cara más libre de pelos que le haya visto jamás a un hombre.

Lo que me resultó doblemente molesto.

Resultaba entonces que yo tampoco tenía barbas allí, aunque, en ese preciso momento, las

estuviera viendo. Esta vez era esa luna de barbería la que me falsificaba y aquello me maltrató el humor, cosa que raramente llegaba a sucederme en una barbería. Esa tarde, cuando fui a recoger a Claudine, sus bromas me resultaron insípidas, y su risa, a diferencia de otras tardes, fue tan aguda que al rato de caminar con ella me recordaba esas bisagras sin aceite que chirrían en las puertas y la felicidad con que había dejado la galería no consiguió abrirse paso hacia mí.

—¿Me estás escuchando? —dijo Claudine.

Dejé mi tenedor sobre el plato y le miré los ojos.

Durante todo el almuerzo yo había venido cavilando sobre lo que debería hacer. ¿Se habían confabulado, tal vez, en mi contra? Yo era un hombre respetado en esa ciudad. Antes, cuando caminaba en las calles, todos me saludaban tirando de sus sombreros, como si descorcharan botellas para que yo pudiera beberlas. Tal vez, ahora, las cosas también habían empezado a cambiar. Tal vez esta gente encontraba digno de gracia que un hombre honorable que salía del brazo de una jovencita fuera burlado por todos.

—¡Tendré que suspender mis donaciones! —dije, golpeando la mesa con mi mano derecha; y lo encontré razonable.

Ya en la calle, tomé del brazo a Claudine y caminamos juntos de regreso; y mientras lo hacía, levantaba la cara, quería que se supiera lo que yo estaba pensando hacer y todos tuvieran tiempo de arrepentirse. Los árboles doblaban sus ramas sin hojas. Era un día hermoso. Pero entonces, al torcer una esquina, encontré una rana. ¡Otra rana! Últimamente estaban por todas partes... Seguí a la que saltaba, arrimándose a la vereda, y la pateé. La vi volando hasta que llegó a mitad de la calle, donde quedó patitiesa y bocarriba, como si tomase el sol.

—¡Florián! —dijo Claudine llorando, y se tapó la cara con ambas manos.

Su tribulación parecía sincera.

¿Me avergoncé de mí mismo por lo que acababa de hacer? Estoy seguro de que no. Dudo también que no sintiera, por el contrario, una vanidad nueva, una que estaba naciendo y que se frotaba las manos, parecida a una usurera, por lo que yo había hecho. Tal vez esa pierna ya no me perteneciera. O tal vez, al igual que otras cosas,

ella también estaba cambiando y ahora se hacía responsable de sí misma, era ahora una pierna adulta que se estaba llenando de una excitante libertad, al margen de mis decisiones.

Más tarde aplasté una mosca con una revista e internamente culpé a mi brazo. Debían ser los estímulos de ese día extraño. Cuando, por la noche, hice el amor con Claudine, sentí un vigor inusual que me llegaba de fuera. En algunos momentos llegué incluso a sentir que mi placer me observaba desde arriba, como si llevara montado a un enanito rollizo y rubicundo sobre mis espaldas, y ese enanito me animara, dándome frágiles golpes con sus talones. Al terminar, dimos ambos, Claudine y yo, un par de luengos suspiros y nos ablandamos uno al lado del otro. Escuché mi respiración llenándose de mi cuerpo otra vez, sentí las sábanas humedecidas y la luz abultando un foco; pero Claudine parecía tener los pensamientos en otros lados y yo los veía treparse por las paredes con sus patitas quebradizas.

Entonces la dejé en la cama y fui a mirarme al espejo.

¡Dios mío! Esta vez mis ojos no eran marrones, pero yo seguía mirando igual; miraba, por ejemplo, esos ojos que, en el espejo, eran azules ahora y que se ramificaban como pequeños bosques. ¿Debía pensar en otra estrategia? ¿Contarle, a pesar de todo, a Claudine? ¿Pedirle que fuera honesta conmigo? Era algo desesperante. Esos ojos azules, esa nariz, esa hirsuta barba crecida y negra habían terminado dando a luz otro hombre. ¡Era padre de mí mismo! Además, yo tenía tan pocos amigos en esta ciudad; y a todos quería conservarlos con tal desesperación, que en ningún momento se me cruzó por la cabeza incomodarlos, pues creerían que me había enloquecido y nadie desperdicia el afecto en los locos. Pensé entonces en alguien a quien no me importaría perder. Por esa época yo conocía a un mesero amable; me trataba con dedicación y me había atendido por más de cinco años. Él no me mentiría. No se atrevería a mentirme si yo le dejaba una propina importante, y pensando en esta extraña, lánguida fidelidad, me dormí.

Dio la casualidad de que Claudine no podía almorzar conmigo al día siguiente. Ese azar ventajoso intrigaba para que yo pudiera desenredar,



con la visita a mi mesero, esa cabellera rubia y enmarañada en la que se había convertido mi vida. En el camino, solo un momento, me detuve junto a un quiosco y miré los periódicos que la quiosquera había colgado a la espera de que se le secasen. A mi lado, un hombre se rascaba la cara como si la limpiara, y las noticias eran viejas finas que se tomaban un té o se hacían la pedicura y nos miraban del otro lado del escaparate, llenas de murmuraciones y críticas. Pensé mirando esas noticias también antiguas: el mundo no cambia, pero yo sí. Y cuando vi que uno de los señores que me acompañaba vestía un gabán y una bufanda que se le envolvía al cuello, noté que yo solo llevaba encima un chaquetón y sentí un escalofrío.

El mesero parecía esperarme cuando llegué al restaurante.

—¿Lo acomodo en su mesa con la señorita y el invitado? —dijo, señalándome la puerta.

Y como yo moviera las cejas, alzándolas con la sorpresa, él añadió de inmediato:

—Pensé que lo estarían esperando...

Seguí su dedo.

Allí estaba Claudine acompañada por otro hombre. No había nada de amenazador en ello: yo no me consideraba un hombre celoso; pero tampoco era impasible e hice un esfuerzo por mirarlo también a él. Cubrí mi cara con una de las cartas, enjirafé mi cuello y, por encima de ella, los miré desde un mejor ángulo. ¡Si me dijeran que hoy ha nacido un hombre y que ese hombre soy yo mismo no me hubiera sorprendido tanto! Pero entonces mis ojos no mentían: era el hombre del espejo quien almorzaba con Claudine. Durante casi dos semanas yo lo había visto a la cara; él me había mirado y ahora yo me había convertido en su cáscara. Tenía el mismo corte de pelo, rubio y enmarañado; la misma barba hirsuta; los mismos ojos azules y la misma mirada metida en pensamientos vacíos; todo lo demás se le parecía a mí, excepto que él era más alto y definitivamente mucho más joven.

Cuando vi que sus manos atrapaban las manos de Claudine tuve el reflejo espontáneo de mirar las mías; las mías, abiertas, parecían, a su lado, ridículas en su soledad, una jaula sin pájaros, pero llena de trinos. Un impulso digno quiso llevarme de inmediato a su mesa, pero no fue eso lo que

sucedió; corrí, en cambio, al baño, ocultándome con vergüenza y con algo metido en la garganta que se me sacudía con rudos movimientos peristálticos. Sentí que la puerta se acunaba a sí misma y esperé a que se durmiera. Luego respiré. Metí esa parte de la garganta que ahora era una bola de saliva a mi estómago, y enderezando mis pulmones, los llené de aire. A un lado de los lavabos, un hombre de smoking tenía las manos apoyadas sobre sus muslos. Estaba ocupado en cuidar varios pañuelitos perfumados y un repertorio de botellitas que le crecían sobre una rinconera como bonsáis de cristales. Recibía monedas y era como esas máquinas automáticas que echaban la suerte. En cierto modo, no hizo falta que yo se la pidiera. Tenía ese hombre una navaja de afeitar, entre tantas otras cosas, y la colgó en el aire a la espera de que yo la arrancase. Le dejé una moneda en el canastero y a cambio le tomé la navaja.

En el largo espejo que cubría la pared, veía las puertas de los retretes y el reflejo líquido de esos lavabos de mármol sobre los que yo apoyaba mis manos. Y en la prolongación de esas manos, mis manos, esa misma cara sonreía con las variantes inmóviles. Veía mis manos, la navaja de afeitar y pensé que antes mojaría mi cara y la embadurné con aquel jabón de crema que se enrolló, en mis palmas, como una cola. Pero el filo del metal apenas peinó mi barba cuando lo dejé resbalar. Y esa cara se reía de mí y de mis intentos inútiles y yo me reía con ella... ¡y era todo tan ridículo! ¡Tan ridículo! La imagen de una lluvia que no mojaba ya mi cuerpo era tan ridícula, y yo empecé también a imitar a esa cara barbuda que se burlaba. ■

---

Carlos Yushimito (Perú)

1977. Ha publicado los libros de cuentos *El mago* (2004), *Las islas* (2006), *Lecciones para un niño que llega tarde* (2011), *Los bosques tienen sus propias puertas* (2013), *Rizoma* (2015), así como el libro de prosas libres *Marginalia* (2015). Fue seleccionado en 2008 como uno de los narradores jóvenes de mayor proyección por Casa de las Américas y Centro Onelio Cardozo de Cuba; y en 2010 por la revista británica *Granta* entre los 22 mejores narradores en lengua castellana menores de 35 años. Ha sido invitado a las ferias de Santiago de Chile, Bogotá, Miami, Quito y Guadalajara. Incluido en antologías de 9 países, varios de sus relatos han sido traducidos al inglés, al portugués, al italiano y al francés, y se han publicado en revistas internacionales como *Granta*, *The Asian American Literary Review* (AALR), *Alba París*, *Hueso Húmero*, y *Review: Literature and Arts of the America*.